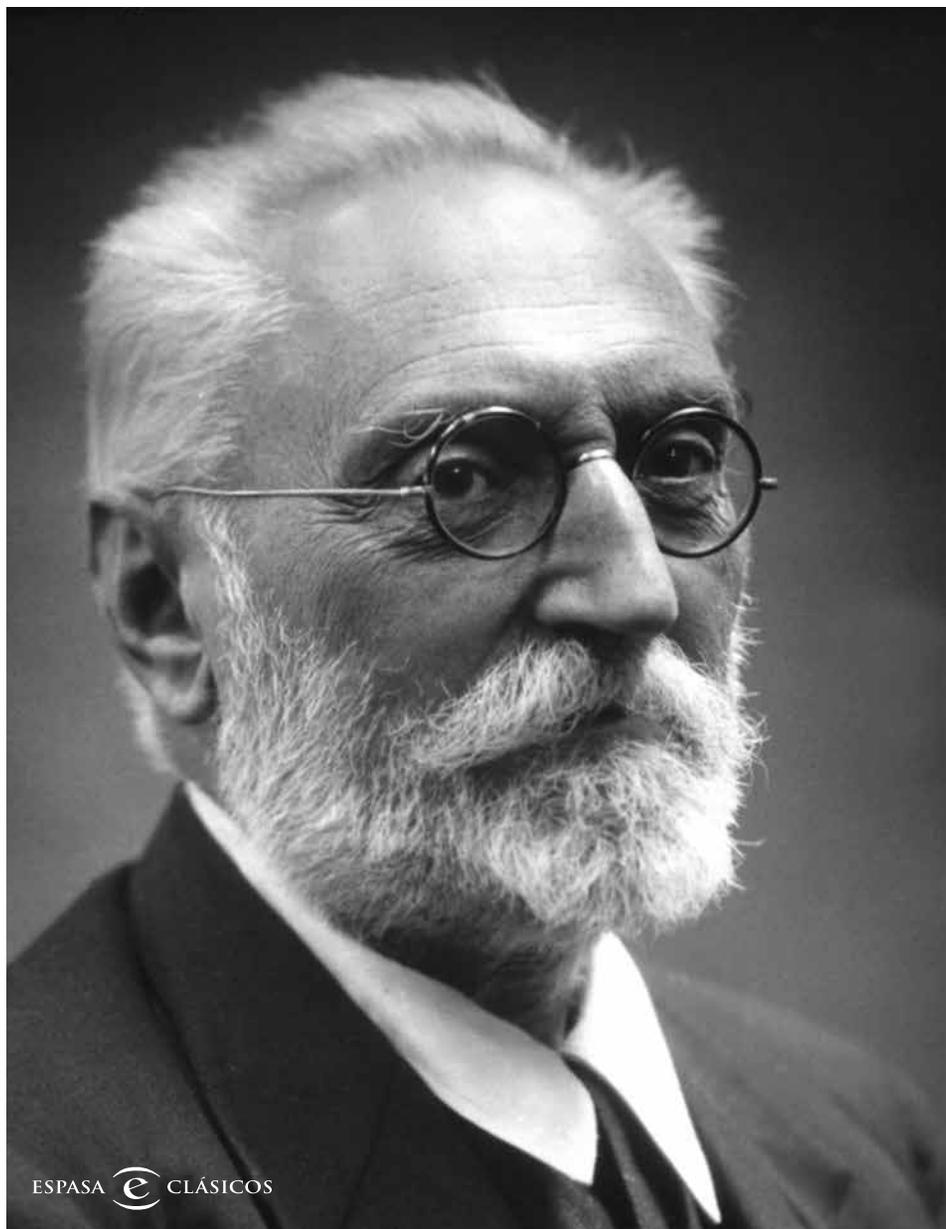


Arturo Barea
UNAMUNO



ESPASA  CLÁSICOS

ARTURO BAREA

UNAMUNO



Título original: *Unamuno*

© Arturo Barea, 1952, y herederos de Arturo Barea

© Emir Rodríguez Monegal, por la traducción del inglés, 1959

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 2.632-2020

ISBN: 978-84-670-5871-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera sostenible

ÍNDICE

PREFACIO, de William Chislett	9
ENVÍO, de Ilsa Barea	23
I. UNAMUNO Y EL PROBLEMA NACIONAL	27
II. EL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA	57
III. EL POETA EN UNAMUNO	89
NOTA BIOGRÁFICA DE UNAMUNO	135

I

UNAMUNO
Y EL PROBLEMA NACIONAL

De vez en cuando surgen hombres que encarnan las cualidades o el estado de ánimo o los anhelos de sus pueblos con tanta fuerza y entereza que llegan a tener una influencia extraordinaria, una grandeza simbólica que depende más de lo que son que de lo que consiguen hacer. Hemos conocido tales hombres en nuestro tiempo, casi todos en el campo político. Es mucho más raro que un escritor se convierta en encarnación reconocida del alma de su pueblo, ya que el alcance de sus escritos es por su misma naturaleza más limitado que el de la cosa pública. Sin embargo, puede lograr una significación universal por explorar su propio espíritu y el espíritu de la nación con la que se siente identificado. Este es, según creo, el caso de Miguel de Unamuno.

UNAMUNO

Clasificar a Unamuno en términos convencionales no tendría gran sentido. Fue pensador, ensayista, novelista, poeta, dramaturgo y prolífico periodista; fue profesor universitario, diputado a Cortes y profeta por elección propia. ¿Era gran escritor o filósofo? Ninguna de sus obras de imaginación llega a la perfección como obra de arte; ninguno de sus ensayos expresa una consistente filosofía original. ¿Era un jefe ideológico? Unamuno murió en 1936, una celebridad internacional, muy citado y aprovechado por escritores extranjeros que escribían sobre España, pero para el gran público era un desconocido, a pesar del hecho de que sus obras habían sido traducidas a una docena de idiomas. Dentro de España, había estado aislado durante toda su larga vida, había sido atacado y adulado, temido y mal interpretado. Aunque tuvo muchos discípulos y amigos, no era fundador de ninguna escuela ni cabecilla de ningún movimiento. En política siempre fue un excéntrico. Y, sin embargo, la huella de su obra y de su personalidad está viva en los escritos y en el pensamiento de todos los españoles que, a su zaga, han tratado de comprender los problemas nacionales. Es imposible hablar de la España moderna sin invocar a Unamuno como testigo mayor.

A catorce años* de su muerte, sobrevive aún como gran provocador, gran estimulador, gran inquisidor, más poderoso que en vida. Este mundo de la nueva posguerra —o de la nueva preguerra— parece haberse alejado mucho de Unamuno, de los problemas de su España y de su obra; y, desde luego, él puede parecer olvidado. Pero, si se mira más allá de todo lo que es tópico y circunstancial en sus escritos, quedan como el verdadero núcleo de su obra nuestros mismos conflictos más amargos, los universales tanto como los individuales.

Pero ¿cómo es posible comunicar esto fuera de España, si los libros de Unamuno son tan difíciles de conseguir excepto en su lengua original, y si él fue —como mantengo— la encarnación de la España de su tiempo, cosa que parece desmentir cabalmente su carácter universal?

La tarea se simplifica por las mismas cualidades que constituyen el lado débil de su obra. A través de interpretaciones y repeticiones, exageraciones y contradicciones, Unamuno perseguía con apasionada y egocéntrica energía unos pocos problemas fundamentales a lo largo de esa obra. La busca, y no

* El texto de este ensayo fue escrito en 1950 y 1951.

los resultados, era lo más importante para él y para sus exasperados, sus fascinados lectores. Esos problemas eran suyos, pero él los encaró como problemas de los demás españoles, como problemas de la nación entera y de toda la humanidad; esta identificación la convirtió en una doctrina, y convirtió su «yo» en una teoría. Puede haber cambiado en todo otro aspecto, pero en esto al menos nunca cambió. Cuando tenía cincuenta y dos años, pudo decir con certeza: «En mucho he cambiado de parecer y de criterio, mas acaso sirva a alguien lo que pensaba hace años en oposición a lo que hoy pienso y tanto o más que esto. Sin haber pretendido nunca una absurda consecuencia doctrinal y sí tan solo una continuidad en el desarrollo de mi pensamiento —continuidad que lleva a puntos de vista opuestos a aquellos de los que se partió— creo que habrá en España pocos publicistas que en lo esencial y más íntimo hayan permanecido más fieles a sí mismos. En rigor, desde que empecé a escribir he venido desarrollando unos pocos y mismos pensamientos cardinales» («Advertencia preliminar» a la segunda edición de *En torno al casticismo*, en 1916).

Así, guiándonos por su monólogo —mejor dicho, por su duólogo interno, vertido en palabras

escritas—, nos será posible valorar al mismo tiempo la visión subjetiva de Unamuno y su significación hispánica y universalmente humana.

Será necesario, ante todo, conocer algo de la sociedad que moldeó las primeras ideas y emociones de Unamuno. Esta tarea es necesaria no solo porque Unamuno, como tantos, elaboró las primeras y decisivas impresiones de su juventud más tarde, en los escritos de su madurez, sino también porque la mayoría de los problemas que fue destilando de sus experiencias adolescentes, hace ochenta años, siguen siendo problemas aún en la España de hoy.

Miguel de Unamuno nació en Bilbao en 1864, en el seno de una familia vasca de la clase media. Lo que equivale a decir que nació y se crio en una ciudad cuyos conflictos cívicos y espirituales tenían carácter endémico. El idioma oficial, la lengua de la vida cultural, era el castellano; pero el antiguo vascuence era la lengua materna de gran parte de la población de Bilbao, que hablaba el castellano como lengua extranjera. Lo que en otras provincias españolas no era más que regionalismo, un cariño fiel a la patria chica que iba junto con

la indiferencia hacia la idea abstracta de España como Estado y con una desconfianza innata por el Gobierno madrileño, en la región vasca se había convertido en un credo nacionalista, a la vez religioso y político. La estructura social de la campiña vasca difería radicalmente del resto de España: era más patriarcal que feudal. Pero Bilbao, aunque enquistado en esa sociedad rural, era una ciudad industrial en pleno desarrollo, un puerto que mantenía contacto con el mundo exterior y que poseía una burguesía liberal y una vigorosa clase obrera; sus dirigentes tenían un fuerte interés práctico en que existiera una administración central moderna.

En aquella época y lugar, el liberalismo significaba una creencia algo superficial en el gobierno constitucional, en reformas moderadas, en la educación, la ciencia y el transporte modernos. También significaba una oposición enconada al poderoso clero de antiguo cuño y a las ideas del partido reaccionario al que estaba adherida la campiña. Este partido, Carlista o Tradicionalista, odiaba el modernismo en todas sus formas y defendía un concepto absolutista de la monarquía, una Iglesia dominadora en el espíritu de la Inquisición y las virtudes feudales; sostenía a la rama más joven de

la dinastía borbónica en sus pretensiones al trono porque esperaba que con don Carlos la verdadera España de los viejos tiempos sería restaurada. Impregnados en la tradición de la más horrible de las interminables guerras civiles españolas del siglo pasado, la primera guerra carlista (1833-1840), los carlistas creían firmemente en su derecho a usar la violencia contra «la otra España», la de los liberales, masones y «ateos». Tuvieron una gran oportunidad cuando cayó el régimen corrompido de Isabel II y un extranjero, Amadeo de Saboya, fue entronado rey constitucional, solo para ser sustituido por una corta República de raíces frágiles que murió de sus disensiones internas en 1874. La segunda guerra carlista duró de 1870 a 1876, y en ella los partidarios de don Carlos lucharon sucesivamente contra el rey Amadeo, contra la República y contra Alfonso XII, demostrando toda la violencia brutal de una comunidad escindida. La situación fue peor aún en la región montañosa vasca, donde los carlistas tenían sus reductos, en tanto que las ciudades, y en primer lugar Bilbao, eran liberales en su mayoría.

Miguel de Unamuno, un precoz muchacho por entonces, conservó en su alma las cicatrices del

conflicto hasta su último día. Su impresión más honda fue la del sitio de Bilbao, al que asistió cuando tenía nueve años; la ciudad fue cercada y bombardeada por los carlistas, defendida por los liberales (a pesar de una minoría contraria en el propio seno de ellos) y liberada por un ejército constitucional. Veinticuatro años más tarde, Unamuno habría de titular su primera novela, una narración épica de la guerra carlista, *Paz en la guerra*.

Pero, aunque los carlistas fueron derrotados militarmente y se restauró la unidad nacional por medio de la monarquía constitucional recién establecida, el profundo cisma que dividía a la nación perduró. Cambiaron los programas y las banderas; el Partido Carlista se transformó en el movimiento vasco tradicional, los liberales del norte se vincularon con agrupaciones similares a lo largo de todo el país y empezaron a formar un aparato político que pudiera competir con el de los conservadores; el caciquismo floreció durante un par de décadas, mientras que los más avisados líderes de ambos bandos sugerían remedios para la enfermedad que era llamada abiertamente «la decadencia de España». El problema, a la vez social y psicológico, de las dos Españas en perpetua guerra civil —guerra «fría» por

el momento— se convirtió en tema de ensayos analíticos; los conservadores contra los progresistas, los ortodoxos contra los librepensadores, los castizos contra los europeizantes —cada diagnosis tenía sus campeones, cada grupo sus partidarios—. Sin embargo, la incurable escisión en la mente de innumerales españoles convertía en irrisorios todos estos rótulos simplificadores, lo reconocieran ellos o no. El joven Unamuno se atrevió a reconocerlo. En realidad, se le convirtió en obsesión.

Unamuno tenía dieciséis años cuando se trasladó a Madrid para iniciar sus estudios universitarios en Filosofía y Lenguas Clásicas. Por lo que puede deducirse de sus escasas confidencias, parece haber tratado de complementar la magra dieta intelectual de la enseñanza superior por medio de ávidas lecturas, absorbiendo cualquier clase de mensaje nuevo —y los mensajes provenían casi exclusivamente del extranjero— que pudiera darle la clase de una integración espiritual. Reaccionó contra el convencionalismo ortodoxo de su formación religiosa, pero quiso retener sus esencias, a pesar de sentirse estimulado por ideas de pensadores protestantes. Reaccionó contra el estrecho patriotismo vasco, al mismo tiempo que anhelaba el

UNAMUNO

dulce verdor de su terruño y se sentía truculentamente vasco. Quiso descubrir una patria más amplia en la España con la que soñaba, pero su primer contacto con la capital le disgustó y rechazó de plano la España de la penúltima década del siglo. Sus años estudiantiles no fueron ni fáciles ni dichosos. La enseñanza universitaria era entonces árida, y Unamuno no encajaba en ninguno de los grupos intelectuales formados en torno a algunas figuras preeminentes: ni en el que presidía el más atendido entre los escritores de la generación mayor, el pulido y escéptico don Juan Valera; ni en el de don Marcelino Menéndez Pelayo, el más importante erudito y pensador del lado conservador, que creía en el renacimiento de España gracias a la restauración de la fe católica misionera; ni en el del ilustrado educador liberal don Francisco Giner de los Ríos, que luchaba por la renovación de España a través de la libre investigación científica, la educación popular y la formación de una élite intelectual. Los escritos posteriores de Unamuno demuestran que absorbía ideas de todos estos bandos, pero que consideraba sus remedios para los males de la nación como meros paliativos, cada uno de ellos parcialmente acertado y enteramente

inadecuado. Lo que él ansiaba era una síntesis de las dos Españas dentro de su propio espíritu torturado por conflictos.

En una carta que dirigió al ensayista Guillermo de Torre* muchos años después, dijo Unamuno que en 1880 se había sentido insatisfecho con el libro de texto oficial de metafísica porque sostenía que Hegel había negado el principio de contradicción, y que, por lo tanto, él se puso a estudiar alemán traduciendo directamente la *Lógica* de Hegel. Nada puede ser más característico de Unamuno. Ya a esa temprana edad, no solo ponía en cuestión lo que tuviera visos de oficial y fuera de confección, sino que se embarcaba por sus propios medios en un viaje de descubrimiento intelectual que, en la España de su tiempo, constituía una azarosa aventura. Y nada menos que el problema de los contradictorios era lo que él quería resolver —sin duda, porque se sentía empujado a ello por la insólita conciencia de las contradicciones que en él combatían—.

Pero la pelea de Unamuno con Hegel tuvo algo más que una importancia psicológica. Otros

* Guillermo de Torre, *La aventura y el orden*, Losada, Buenos Aires, 1943, págs. 73-74.

filósofos extranjeros habrían de influir profundamente en su pensamiento, y, sobre todos, Kierkegaard; pero para satisfacer sus necesidades intelectuales, Unamuno adoptó el método dialéctico de Hegel, transmutándolo de manera altamente personal. Le permitía pensar no en términos de contradicciones definitivas, o sea, antinomias, sino en tesis y antítesis de las que surgiría inevitablemente la síntesis. Es el ansia de expresar todo a través de este esquema lo que se encuentra debajo de las habituales paradojas de Unamuno, tan a menudo tediosas. Si la síntesis final se le escapó siempre, por más apasionadamente que en ella creyera, también en esto fue la encarnación de su país y su pueblo.

Después de pasar cuatro años en Madrid, Unamuno regresó a Bilbao. Era ya un titulado, un erudito de ideas heterodoxas en busca de una posición y de un público. Se casó, dio clases particulares y conferencias, colaboró con artículos anónimos al periódico radical de su Bilbao, participó en discusiones públicas, escribió poesía y aprendió lenguas extranjeras para poder leer directamente a autores a los que se había aficionado a través de mediocres traducciones. Inspirado por los recuerdos de su infancia, recogió documentación sobre la segunda

guerra carlista y en vano solicitó algún puesto académico. Se sabe relativamente poco sobre este período de la existencia de Unamuno y menos aún sobre su vida privada. Su correspondencia, a juzgar por lo hasta ahora publicado, revela un sentido de inseguridad y la exasperación al encontrarse sin eco en la asfixiante atmósfera de próspero fariseísmo provincial. Se sentía extranjero en su propia tierra. Hasta la querida campiña verde se convirtió en fuente de inquietud. O, al menos, así lo creyó Unamuno cuatro años más tarde, cuando abandonó Bilbao para trasladarse a Salamanca, donde compuso su serie de ensayos *En torno al casticismo*. Hay allí una descripción de la meseta castellana que era el escenario de su nuevo hogar, donde se contrasta su austera belleza triste, la perfecta geometría de sus horizontes y el azul «compacto», intensísimo de sus cielos, con el encanto sensual del nativo campo vasco, con sus suaves olas de praderas opulentas y frondosos campos, que invitan al alma a buscarse un nido blando y dar rienda suelta a apetitos «amasados con su carne desde los albores de su vida».

En esas palabras se oye a un puritano por elección propia que siente, y combate, la dulce tenta-

ción de deseos que lamenta pero no puede suprimir del todo. El más grave de los conflictos íntimos de Unamuno durante sus años bilbaínos, años de recia virilidad, tal vez no surgió de sus frustradas ambiciones intelectuales, sino de su anhelo de los más violentos deleites de la vida que su implacable conciencia no le permitía satisfacer. Es un hecho que, después de haber dejado su tierra natal, no sintió profundamente el deseo de volver a vivir en ella —puesto que no dio ningún paso serio para realizar tal deseo—, aunque el amor a la patria chica que profesaba era indudablemente sincero; su renuncia a las atracciones del País Vasco tenía un tono de énfasis exagerado, y cuando más tarde visitó Bilbao, su actitud lindaba con lo agresivo. Todo esto no puede explicarse tan simplemente como hacen algunos de sus biógrafos, por la irritación de un profeta que se sentía incomprendido y menospreciado en su propia tierra. A mí me parece constituir parte de la coraza protectora que Unamuno viste contra tentaciones de las que ha decidido huir para convertirse en lo que quiere ser, esas tentaciones que le llamaban con máxima fuerza en el ambiente de su juventud. Hay más verdad que exhibicionismo en la célebre autodefinición

UNAMUNO Y EL PROBLEMA NACIONAL

que encontramos en una carta suya a Leopoldo Alas, escrita en 1900:

Unamuno es una víctima de sí mismo, un *heautontimorúmenos*. Pásase la vida luchando para ser como no es y sin conseguirlo...

En 1891, Unamuno gana la cátedra de Griego en la Universidad de Salamanca. Es el momento crucial de su carrera.

En la vieja ciudad, la vida era tranquila, por no decir estancada; era mucho más provinciana y estrecha que la vida en Bilbao y ni siquiera la universidad, con toda su impresionante tradición, podría calificarse de centro de actividades intelectuales. Para Unamuno, sin embargo, la seguridad que le ofrecía el nuevo puesto, su éxito académico (tuvo que aceptar, a regañadientes, otra cátedra, la de Filología Romance Comparada, además de su profesorado), y aún más el impacto de la viva tradición castellana y la nueva perspectiva con que ahora contemplaba los conflictos de su época vasca, significaban la liberación de sus poderes emotivos y espirituales. Rebosaba de proyectos; obras de poesía, prosa imaginativa, trabajos eruditos. Convirtió sus

lecciones filológicas en experiencias apasionantes para los estudiantes, infundiéndoles el amor y el respeto que sentía por el verbo creador. Pero la pasión dominante de esos años primeros de Salamanca era la busca de una imagen de España que se irguiera triunfadora por encima de las mezquinas separaciones y las maniobras nacionalistas, vindicando así su herencia humana y —de paso— proporcionándole a él una patria espiritual. En el solemne paisaje encontró un símbolo y una inspiración. Para usar sus mismas palabras: «Es [...] un paisaje mono-teístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre, y en que siente en medio de la sequía de los campos sequedades del alma».

Pero Unamuno no era un soñador abstracto. Todo lo veía envuelto en carne y hueso. El grupo de ensayos donde expresó por primera vez esta visión, y que acabo de citar, *En torno al casticismo*, contiene también agudas observaciones y análisis de la realidad contemporánea, de modo que se convirtió en la más notable, aunque no la más notada, de las publicaciones españolas de los últimos años del siglo.

Durante una breve estancia en Madrid en 1891, cuando aún estaba pendiente su nombra-

miento en Salamanca, Unamuno había pasado revista al panorama político y cultural de España con una mente ya madura. Tomó contacto con otros que, como él, concebían el problema de la existencia de España como nación y como Estado moderno en términos de ética social y no de técnica política, según la moda de los dirigentes más destacados del momento. El más fértil de estos encuentros fue con el brillante joven diplomático Ángel Ganivet. Desde Salamanca, Unamuno mantuvo correspondencia con Ganivet; les fue útil a ambos, porque les permitió aclarar sus ideas. Los dos ensayos que, en parte, son fruto de esta discusión, el *Idearium español* de Ganivet (1896) y *En torno al casticismo*, llegaron a tener importancia para la generación inmediata de intelectuales españoles, una vez que hizo su impacto tremendo la derrota de España en la guerra de Cuba, el Desastre de 1898. Sin embargo, en 1895, cuando se publicó el ensayo de Unamuno, la reacción pública fue un amargo desengaño para él: su mensaje apenas si fue comprendido. Este hecho aumentó la vehemencia y agresividad de sus afirmaciones, particularmente en ensayos y artículos. Pronto llegó a identificar su lucha por conquistarse un público con la médula

de lo que quería transmitir; su tono se hizo cada vez más personal. Esta circunstancia hace *En torno al casticismo* tanto más interesante, porque allí Unamuno todavía es relativamente objetivo e impersonal —todo lo más impersonal de que era capaz al expresar algo que para él era intrínseca e inevitablemente personal, *su* verdad y verdad universal a la vez—. El ensayo es también importante porque contiene el núcleo de todas las ideas de Unamuno acerca de España y de la relación entre nación y humanidad, individuo y nación; y finalmente merece atención especial porque transmite la impresión de ciertos rasgos permanentes de la sociedad hispánica y de esa elusiva cualidad llamada «el carácter nacional». Es una impresión que resulta ligeramente deformada y, sin embargo, extrañamente clara, como si la contempláramos en un espejo convexo.

La palabra clave en el título del ensayo, *casticismo*, era uno de los gritos de batalla de la última década del siglo, con específicas asociaciones mentales y lingüísticas. Para los españoles, *lo castizo* quiere decir algo típica y genuinamente de la raza. Cuando Unamuno decide atacar el culto de lo castizo, el *casticismo*, se enfrenta a una moda que

servía de máscara a una mezcla de conceptos y tendencias. El problema central detrás de esa ideología era la posición de España en Europa, es decir, la cuestión de si aceptar o rechazar las influencias extranjeras. El aislamiento del país, tanto en el terreno cultural como en el político, era dolorosamente obvio. No era posible seguir llamándolo un «espléndido» aislamiento, ya que había fracasado en el terreno económico y el Gobierno español tuvo que negociar préstamos internacionales desfavorables u otorgar humillantes concesiones industriales a capitalistas extranjeros. Hasta este tímido comienzo de industrialización bastó para cambiar la estructura social de las ciudades, mientras que la construcción de ferrocarriles y carreteras modificó no solo la apariencia, sino también la mentalidad y la actitud de las regiones rurales. Dos flamantes organizaciones obreras, una anarquista, socialdemócrata la otra, estaban en permanente contacto con agrupaciones fraternas del extranjero y absorbían sus ideas. Cada nueva industria que se creaba servía para abrir nuevos medios de comunicación, comerciales y técnicos, con países más avanzados en el camino de la industrialización. Aunque todavía presentes en la memoria,

habían pasado los tiempos en que las universidades españolas rehuían todo contacto con las extranjeras, a menos que se tratara de aquellas de impecable ortodoxia religiosa, como las de Bolonia y Leiden. Las ciencias naturales abrieron una brecha en la muralla china, y la filosofía, las letras y las artes siguieron el ejemplo. Un alud de traducciones (muchas de dudosa calidad) aportó un estímulo muy necesario a las personas cultas, aunque siguieron fuera del alcance de las masas del pueblo. Estos nuevos contactos con el mundo exterior sirvieron para acentuar el atraso de la vida cultural y social española comparada con el resto de Europa, y demostraron la pérdida de prestigio y de poder; sin embargo, no bastaron para producir cambios profundos. Fueron suficientes, eso sí, para despertar el antagonismo de todos aquellos que querían preservar la tradición histórica de España —y, sobre todo, la religión— del contagio con ideas perturbadoras, «subversivas», que vinieran del extranjero.

La batalla entre castizos y europeístas había comenzado. Inevitablemente, los conservadores, los católicos y los caciques de las comunidades rurales más atrasadas estaban en contra de toda forma de «europeización», en tanto que los liberales, los an-

ticlericales, los socialistas y los modernos hombres de negocio —cuyo número era escaso— estaban a su favor. Al mismo tiempo, la gran mayoría de los españoles, con su capacidad de percepción embotada por problemas económicos agudos o inmunizada por la ignorancia, permanecía indiferente a una discusión que inflamaba los ánimos de aquella minoría que sabía expresarse públicamente. La actitud de los otros, de la mayoría, fue resumida en forma aniquiladora por Cánovas al afirmar que «son españoles los que no pueden ser otra cosa».

Unamuno aportó un punto de vista completamente nuevo a la discusión. En los cinco artículos que, reunidos, constituyen *En torno al casticismo*, atacó a tradicionalistas y casticistas no como un europeizante, sino como el defensor de una nueva España, aún no parida, en contra de las gastadas fórmulas históricas, las instituciones y las actitudes que amenazaban ahogarla antes de que viera la luz. Esa nueva España, en la que tendrían su patria todos los españoles, existía ya en las capas más profundas del alma española; su tradición «eterna» era transmitida y transformada por el pueblo que jamás se manifestaba en la superficie de los actos históricos. En el pasado había sido alimentada con influencias que

llegaban de todas partes del mundo y había a su vez dado nuevos valores al mundo. Por lo tanto, no podía haber contradicción entre lo «genuinamente hispánico» y lo «europeo»: en sus raíces, eran una y la misma cosa. Si los tradicionalistas temían por su identidad bajo el impacto de ideas extranjeras, eso solamente era la prueba de que su identidad había perdido ya toda sustancia. La sociedad española sería revitalizada por las ideas extranjeras, el arte extranjero, el estímulo extranjero, y no en grado menor por el que provenía de las naciones protestantes; se había hundido en aguas estancadas debido al rígido encierro impuesto por «la vieja casta» directora. La tradición eterna de España, que, por ser eterna, es más humana que española, debemos buscarla en el vivo presente y no en el pasado muerto, dijo Unamuno. Con osadía incluyó en ese pasado muerto a la literatura española de la Edad de Oro. Sus grandes obras de arte todavía tienen un mensaje que transmitir, pero este debía ser reinterpretado, porque de otro modo solo serviría para corromper el presente con su peso muerto. Sobre todo Don Quijote y Sancho Panza, símbolos inmortales del dualismo del alma castellana, debían ser enterrados y resucitados: no Don Quijote el caballero errante, sino Alonso

Quijano el bueno, el simple ser humano que Cervantes evoca al terminar su libro cuando la locura abandona a Don Quijote en la hora de su muerte, es la quintaesencia del español ideal.

La «casta histórica» de Castilla creó a España, pero España no estaba unificada todavía ni era verdaderamente española. Para alcanzar la integración se necesitaba un proceso interno al que el falso culto de lo castizo, con su inveterada confusión entre forma y sustancia, solo podía obstruir. La religión era la fuerza creadora y unificadora más poderosa y, sin embargo, una ortodoxia formalista debilitaba el espíritu religioso. No era la Inquisición, levantada en defensa de la «casta histórica» como una especie de aduana religiosa, lo que expresaba la fe viva de España en su apogeo, sino los místicos españoles —que eran individualistas, heterodoxos, buscadores de Dios a pesar de someterse a la disciplina eclesiástica— y los humanistas.

Del análisis del pasado español, pasa Unamuno al de la realidad presente:

Una ojeada al estado mental presente de nuestra sociedad española nos mostrará a la *vieja casta histórica* luchando contra el pueblo. [...] Raspemos

UNAMUNO

un poco y muy luego daremos [...] con la Inquisición inmanente y difusa [...].

La sociedad española se encuentra en estado de crisis. Internamente había un crecimiento, una desintegración y reintegración de fuerzas, pero externamente solo había un temible «marasmo», un desgaste del cuerpo político. Anarquía y jerarquía, egotismo y formalismo, pseudocultura y odio por las ideas, vulgaridad y gravedad paralizadora, gente joven pero no juventud, miseria y caciquismo que se alimentan del anémico tejido social «como pólipos» y, por encima de todo, la monotonía y la uniformidad mortífera; así describía Unamuno la España del crepúsculo del siglo XIX.

En tanto, reaparece la Inquisición íntima, nunca domada, a despecho de la libertad oficial. Recobran fuerza nuestros vicios nacionales, castizos todos, la falta de lo que los ingleses llaman *sympathy*, la incapacidad de comprender y sentir al prójimo como es [...].

De esta acusación pasaba Unamuno a la pregunta: «¿Está todo moribundo?», y contestaba con

un «No». El futuro de España estaba vivo en su «pueblo desconocido». Se haría patente solo cuando «le despierten vientos o ventarrones del ambiente europeo». Y su última respuesta al problema de España *versus* Europa era esta: «España está por descubrir, y solo la descubrirán españoles europeizados». Ese descubrimiento será realizado por la nueva juventud española.

Tal vez la más poderosa confirmación del juicio de Unamuno sobre el estado mental de España es la acogida que recibió el ensayo. Cayó virtualmente en el vacío. Por cierto, si era justa su valoración (y, al resumirla, he tenido que omitir muchas observaciones concretas muy pertinentes), lo más que podía esperar era un tibio interés en los pequeños círculos intelectuales, entusiasmo en un puñado de idealistas, recelo entre los liberales que no compartían sus convicciones religiosas y hostilidad de parte de los tradicionalistas, que olían en él al hereje. Todo eso le tocó en suerte y Unamuno se dolió. Resulta patético ver en sus cartas a Leopoldo Alas hasta qué punto agradecía la más mínima frase de elogio por su ensayo.

Una desilusión aún mayor le esperaba dos años más tarde cuando publicó *Paz en la guerra*, su larga

novela sobre la guerra carlista en la que trató de plasmar la tradición viva de su propia «casta» vascuence. Obtuvo un fracaso rotundo y no completamente inmerecido. Sin embargo, gracias a *En torno al casticismo*, Unamuno se había colocado en la posición de pensador heterodoxo y polémico, en un aislamiento que constituía a la vez su fuerza y su vulnerabilidad.

Cuando un «ventarrón» vino desde fuera bajo la forma del Desastre de 1898, en el que perdió España los restos de su imperio de ultramar y que despertó en toda la generación más joven la aguda consciencia del estado en que se encontraba la nación, Unamuno fue redescubierto y reconocido. La Generación del 98, como suele ser llamada, salió en busca de una nueva España bajo los escombros del terremoto nacional por caminos que Unamuno había indicado. Su mayor poeta lírico, Antonio Machado, debió su visión poética de Castilla, del paisaje y del pueblo a aquel hombre de la generación anterior cuya poesía jamás había llegado a emparejar la intensidad de su pensamiento; Azorín, que pronto se convirtió en el primer castillista, elaboró en un estilo mucho más puro y en tonos más fríos lo que Unamuno había deli-

neado en su primer ensayo. Diez años más tarde, Ortega y Gasset encabezó un nuevo movimiento de «europeizantes» en la dirección que Unamuno había señalado y en contra del mismo Unamuno, que por entonces había trasladado por completo el énfasis a la «tradición interna», ya que los modernos movimientos de masas le parecían amenazar su imagen de España.

Pero cada vez que la «vieja casta histórica» o la «Inquisición doméstica» se volvían especialmente activas y peligrosas en su continua lucha contra la España naciente, Unamuno levantaba su voz, que ya no podía ser ignorada. La posición básica que había tomado en los ensayos de *En torno al casticismo* siguió siendo la clave de su actuación pública como español.